

“Corría junto al mar. El cielo y el mar tomaban su color de la sangre. Oyó gritos en el aire, y cubrió sus oídos. La tierra el cielo y él temblaban y sintió un miedo terrible”.
Edgard Munch (Alfa y omega)

EL GRITO DE MUNCH

El lenguaje

Para que la necesidad pura, ligada a la supervivencia, encuentre satisfacción mediante la formulación de una demanda, el sujeto consiente alienar su ser en las palabras del Otro, condicionándose a las respuestas que recibe e inscribiéndose bajo una identificación determinada, quedando separado de su ser original y marcado por el lenguaje. Para poder hablar y aparecer en el mundo del discurso el sujeto ha de perder una parte de sí mismo, quedando dividido: \$ (falta en ser).

La inscripción en el aparato simbólico del lenguaje (“Otro del lenguaje”) determina la introducción en el cuerpo tanto de las palabras como de sus sentidos, dejando huellas (identificación primaria). Correlativamente, en ese nuevo mundo repleto de mensajes y de significantes, el bebé construye una “red” asociativa que le permite interactuar con el Otro primordial (das Ding), donde el cuerpo no se limita a lo fisiológico sino que se abre a ese mundo a través de sus orificios, convirtiéndolos en “lugares de intercambio”, de forma que esos lugares del cuerpo (boca, ano, ojos...) y los objetos que entran o salen a través de ellos, devienen en algo que excede a lo puramente biológico, convirtiéndose en psíquicos (objeto “a”) como parte desprendida de la imagen del cuerpo, integrándose en una “red” de asociaciones y presentándose como sucedáneos de lo que se perdió para siempre, es decir, de aquel objeto inolvidable de una “mítica” satisfacción primera.

La constitución del fantasma (\$<>a) responde a una forma de compensar la falta en ser - otorgándose un ser en el otro bajo la forma “soy lo que el Otro desea”- y da cuenta de la sujeción originaria del sujeto al Otro, expresión última de la lógica del deseo. En lo sucesivo, el sujeto desaparece de su discurso (Lacan hablará de “desvanecimiento del sujeto”) pasando a encontrarse representado bajo la forma de un símbolo privilegiado (“yo”) a través de lo que J.A. Miller denomina “sutura”.

La voz

El objeto “a” es el resto que queda de la constitución del sujeto hablante en el lugar del Otro y que el deseo encuentra, por estructura, asociado a la falta de objeto. Los objetos que pueden funcionar en lugar del objeto “a” son: el de la pulsión oral, pulsión anal, pulsión escópica (mirada) y el de la pulsión invocante (voz). Pecho, heces, mirada, voz: partes del cuerpo, pero partes separadas del cuerpo.

La voz, a diferencia del lenguaje que es articulación, es un resto desprendido, un fragmento, un corte. La voz resuena en el vacío de la falta de garantía del lenguaje, suplementándolo.

El deseo del Otro llega al sujeto a través de la voz, llevándole a la pregunta ¿qué me quiere?, ¿para qué me quiere, qué objeto soy para su deseo? Una respuesta posible viene del lado del masoquismo moral: “tus deseos son órdenes” como modo de asegurarse un goce perverso, sin palabra. Otra, sádica, consiste en convertirse por la voz en instrumento del Otro, asegurándose el goce. Ambas, haciendo existir al Otro del lenguaje.

El grito

El lenguaje, en su articulación, en cuanto significa y simboliza, es pérdida de goce. Por el contrario, el grito es puro goce, enunciación pura que no ingresa en los caminos de la demanda. No está dirigido a nadie y a la vez se dirige a todos. El grito es profundamente inconsciente y particularmente autoerótico.

El grito surge ante la caída y ésta es el preanuncio de la nada, del vacío. En el momento del grito algo está roto y lo que irrumpe es la obscura opacidad del vacío. Para Lacan, el grito parece provocar el silencio al tiempo que lo anula. El cuadro de Munch estaría atravesado por el espacio del silencio sin que éste lo habite. El grito, al producirse, configura los bordes de un precipicio, trazando un abismo.

El grito demarca un campo, un territorio: el campo del Otro. El sujeto está solo ante el Otro y, tras preguntarse ¿qué quiere de mí? (“Che vuoi”), construye su respuesta ligándose al objeto y articulando una respuesta fantasmática que se correlaciona con su deseo: el Otro desea “devorarme” (objeto oral), “cagarme” (objeto anal), “verme/espíarme/controlarme” (objeto mirada), “escucharme/gritarme/controlarme” (objeto voz).

En la imagen de Munch, en primer plano, un ser solitario grita con las orejas tapadas y hace surgir el silencio en el impasse adonde se dirige la demanda. Esa forma reducida de la voz remite a la ausencia del Otro. El grito surge de la juntura entre el sujeto y el Otro, como significado de ese vacío marcado por la ausencia, como llamada al Otro. Al fondo, a la espera, están esas figuras humanizadas para recibirlo en un mundo posible pero inevitablemente atravesado por la castración y la falta.

En el cuadro, el objeto “a” estaría representado por el silencio, ese grito mudo al que nadie puede responder. Para Lacan, el Grito de Munch revela para el sujeto la demanda en relación a la dependencia radical del Otro materno propia del narcisismo primario.

Eduardo Gallego Calvo

Artículo inédito, elaborado en diciembre de 2009.

BIBLIOGRAFÍA

- D´Ángelo, Lucía. Freudiana, núm. 29, 7-14 :“El grito de Munch. Sobre la interpretación analítica”.
- Gómez, Ana María. La voz, ese instrumento.
- Lacan, Jacques. Seminario X, La angustia, clase 21, 5 de junio de 1963.
- Lacan, Jacques. Seminario XII, Problemas cruciales para el psicoanálisis, clase 12, del 17 de marzo de 1965.
- Lacan, Jacques. Seminario XIV, La lógica del fantasma. Clase 14, del 15 de marzo de 1967.
- Lacan, Jacques. Seminario XVI, De un otro al otro, clase 14, del 12 de marzo de 1969.
- Miller, Jacques-Alain. La sutura. Elementos de la lógica significante. Cuadernos para el análisis”, 1966.